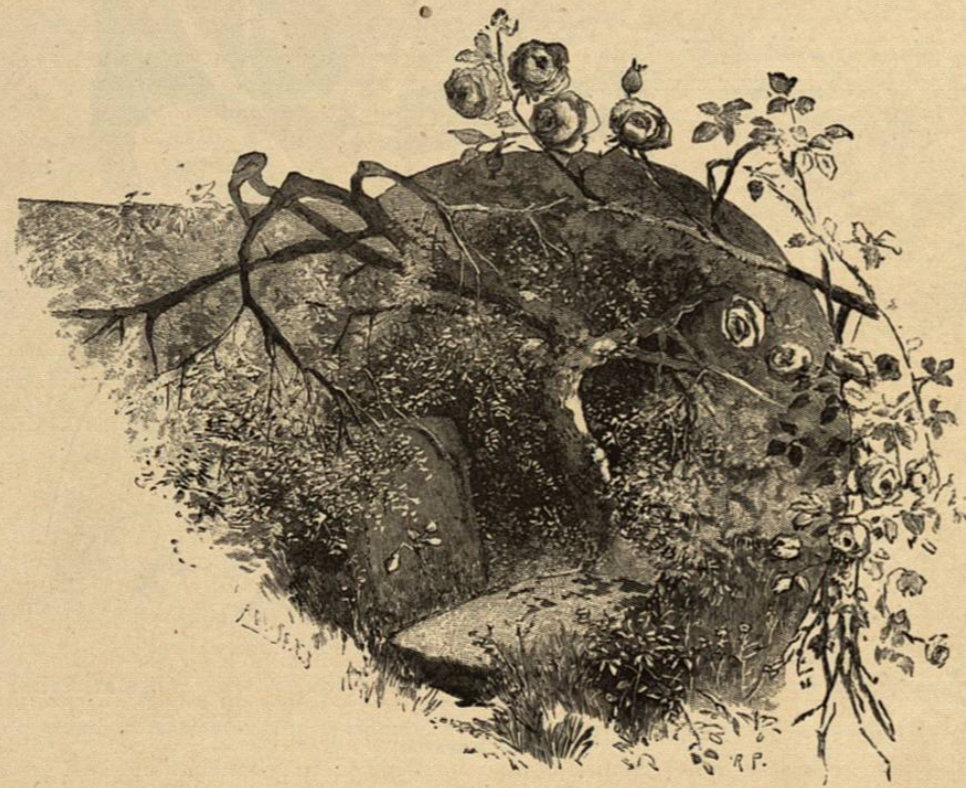


hurón, y aguijoneado también por las mordeduras que desgarran su piel, precipítase fuera de su guarida con la rapidez y fuerza de una bala y emprende la fuga, siendo entonces su carrera tan irregular como cuando huye del perro de muestra, por lo cual es muy difícil tirar sobre él y acertarle. Este género de caza constituiría un verdadero placer si algunos pequeños accidentes no viniesen con frecuencia á interrumpir la diversión, pues no siempre suceden estas cosas tan rápidamente como las he descrito. Unas veces no se les encuentra en sus madrigueras; otras se da con uno

que prefiere dejarse pelar por el hurón antes que exponerse á los tiros del cazador; en algunas ocasiones se oye el conejo que corre por la madriguera y que asoma la nariz por una boca y luego por otra, sin querer salir; y sucede también que, acorralado el animal en su guarida por el hurón, le coge éste por la nuca, se bebe su sangre y queda dormido sobre el cadáver de su víctima.

Cuando se quiere exterminar una colonia de conejos, empléanse á menudo los venenos.



CAPITULO XXIII

CUENTOS DE CAZA SOBRE LA LIEBRE Y EL CONEJO

I



INSERTAMOS aquí un sabroso cuento de Rafael Comenge que titula:

LA LIEBRE Y LA NORIA
cuento de mi tierra.

Cuando José, el cazador furtivo, vió que la liebre á que acababa de tirar se le escapaba, se quedó asombrado. Era la primera pieza que huía sin que los perdigones de su escopeta la alcanzasen.

La liebre cogió la senda, y corría, corría con las patas estiradas, el vientre rozando el suelo y las orejas caídas sobre el lomo. ¡Qué velocidad tiene el miedo! Aun no hacía un segundo que salió de este atajo la liebre, y

ya está en lo alto de la vecina loma, junto á aquel algarrobo de verrugoso tronco, esparrancado sobre las piedras y coronado de hojas verdes como esmeraldas.

José no comprendió nunca por qué capricho la liebre, al llegar al algarrobo, se paró de improviso, y alzándose sobre el cuarto trasero, erguidas las orejas, comenzó á llamarle con las patas delanteras.

—¡Aguarda pícaro!—exclamó José poniendo un nuevo cartucho á su escopeta.

—Tira, tira sin miedo,—dijo una voz que se oyó en aquel instante.

José volvió la vista á todas partes, y no vió á nadie. —Tira, tira sin miedo,—dijo de nuevo la voz, y aun lo repitió por tercera vez.

La liebre seguía en pie mirando con una audacia increíble al cazador, que avanzaba silencioso con el arma apercebida.

Sonó un tiro, y la liebre, despues de dar un brinco tremendo, se fué por la falda del monte con la velocidad del rayo, mientras se oía claramente una voz que hendiendo los aires dijo:

—¡Valiente cazador eres, José!

Aquello era demasiado: dos tiros sin acertar era la deshonra para José. ¡Ah! Si el que se burlaba se atreviera á sacar la cabeza, le había de demostrar cuán

fácilmente podía José meter una onza de plomo entre ceja y ceja á los guasones.

Cargó la escopeta, registró el monte, pero no encontró nada. Harto de andar vagando sin fruto, se sentó junto á una fuente con objeto de refrescar su seca garganta. Salía el agua de una cueva, cuya boca, cruzada por estalacticas y estalagmitas tenía el aspecto de esas ventanas ojivales de las catedrales góticas que sirven para dar luz al altar mayor. Junto al caño del agua crecían, tiesos é hirsutos, verdes juncos que parecían los bigotes de aquella inmensa boca por donde el monte parecía sonreír.

Dentro, en la gruta, se oían esas notas melodiosas del agua que corre entre las guijas y que gotea por las paredes. Á José le pareció aquella colección de sonidos una triste salmodia entonada por la naturaleza para dolerse de sus desgraciados accidentes en la caza. Y sea porque aquella extraña compasión de la fuente lo moviese á meditar, ó porque los dulces rumores del agua corriente convidan siempre á ello, José, dando rienda suelta á su imaginación descabellada, discurría de este modo:

—Ya el pulso me tiembla y la vista comienza á cansarse. Tengo cuarenta años, y llevo treinta de correr el monte de día y de noche. Antes desafiaba yo los calores del estío y los fríos del invierno impunemente, y cuando saltaba una liebre, una zorra, una perdiz ó un conejo, al primer tiro pasaba á mi morral. Lo sucedido hoy indica que debo retirarme. ¡Si yo tuviera dinero y pudiera comprar el huerto del tío Roque! Una casa en el monte, algunas docenas de árboles frutales, y una mujer enamorada á quien contarle lo que siento, y sería feliz. ¡Quién pudiera tener en la mano todo esto!

—¡Yo!—dijo cerca, muy cerca, entre los juncos, aquella voz que tanto le había indignado antes.

—¿Quién va?—preguntó José echando mano á la escopeta.

—¡Deja la escopeta en paz, mentecato! ¿No has visto que á mí no se me puede matar?—dijo la liebre, porque ella era la que hablaba, mostrándose descaradamente entre los juncos á los asombrados ojos del cazador.

—¿Quién eres? ¿Acaso el ánima en pena de alguno del pueblo?

—¡No! Soy el genio de estas montañas, y, como te quiero y adivinaba tus pensamientos, vengo á hacerte feliz.

En un momento la liebre quedó convertida en genio alado, con su vestidura azul, sus sandalias de plata, su cinturón brillante, su varita de oro en las manos y su

estrella de fuego medio oculta entre los bucles de los rizados cabellos.

José se arrodilló devotamente.

—¡Píde lo que quieras!—dijo el genio de las montañas.

José era casi morisco. Tenía esa fantasía soñadora de los musulmanes, cuyo ideal consiste en estarse tendidos á la larga sin que nadie les estorbe ni nada les incomode. Pidió, pues, largo y tendido; y, aunque no hacía mucho decía que se contentaba con poco, en cuanto vió inclinarse hacia él la varita de las virtudes no se paró en barras y pidió mucho: un palacio con magníficos parques, jardines, bosque y coto de caza; un río, una laguna, escopetas, perros, caballos, coches, mujeres, suerte. Y todo ello allí mismo, junto á su pueblo, para que sus amigos de la infancia y convecinos se muriesen de envidia.

—¿Nada más quieres?—preguntó el genio.

—Nada.

—Pues sea todo lo que has dicho,—dijo el genio haciendo con su varita de oro una rúbrica en el aire.

**

Todo se trasformó en un segundo. Arquitectos invisibles levantaron un soberbio palacio de gusto griego, con escalinatas y columnas de mármol. Cuadros, tapices, estatuas, muebles riquísimos adornaban aquella mansión regia. José recorrió todas las habitaciones, y vió con asombro, que allá, en el interior de las más adornadas y brillantes, había mujeres hermosas que le sonreían al pasar.

La carne es flaca, y José tuvo curiosidad por saber de dónde procedían aquellas hermosuras que el genio de las montañas había colocado en su palacio, y en preguntas y respuestas se le pasó el tiempo de tal modo, que cuando salió al jardín para visitarle ya caía el Sol en el horizonte y tomaban los objetos ese pálido matiz que presta á todas las cosas el crepúsculo vespertino.

El protegido del genio examinó con una mirada el bosque, el jardín, las plantaciones de naranjos que había en el valle y los viñedos que escalaban las colinas.

¡Y todo ello estaba en su pueblo!

Se oían las campanas de la ermita que invitaban á las gentes al descanso; y allá á lo lejos, en los últimos confines de las viñas, se alzaba la quejumbrosa noria del huerto del tío Roque, á quien el viento frío del invierno, haciendo vibrar su desvencijada rueda, obli-



LA CAZA CON HURÓN, POR A. BUDMER